

¿PODÍA HABERSE PRONOSTICADO LA PANDEMIA DE LA COVID 19 Y SUS TERRIBLES CONSECUENCIAS?

Reflexiones sobre lo sucedido

Aplicar T_1 (períodos largos) a partir de puntos críticos notables, sobre todo climatéricos, con un antes y un después bien diferenciados, es la parte constituyente de las “direcciones” en Astrología Mundial. La “dirección” responde siempre a los ritmos internos propios del grupo humano, son su “reloj”, que responde obviamente a lo que los puso en marcha: los ciclos externos del entorno cósmico próximo, tanto en lo genético-biológico como en el ambiente inmediato (clima, condiciones geofísicas, radiaciones...), pero todo ello se halla indisolublemente unido, de ahí las sincronicidades.

Ahora bien, un sistema que nadie discute en Astrología es el de los tránsitos. En materia de Mundial, el mejor exponente de este sistema, sin duda, fue André Barbault, que nos legó sus pesquisas en diversos textos que no podemos dejar de recomendar al lector.

Otro autor que no nos puede dejar indiferentes en este asunto es Richard Tarnas y lo que expuso, entre otros trabajos, en *Cosmos y psique* a lo largo de una amplia y elaborada exposición sobre los arquetipos planetarios y su enormemente plástica y versátil manera de manifestarse en el mundo. Ambos autores nos ayudan a trascender las simples apariencias o contemplar el discurrir de la evolución de las sociedades humanas no como una simple sucesión de hechos, no como un relato fruto del azar en el que los eventos aparentan ser fruto de la casualidad, sino como una disposición ordenada y lógica de hechos que, si no son predecibles con la exactitud que sería de desear -un simple péndulo que se mueve sin rozamiento colgado de un hilo rígido y sin masa solo es predecible en un rango muy corto de desplazamiento respecto al punto central-, sí nos permita vislumbrar los momentos notables, con cierto margen de error temporal, y el tipo de eventos esperables dentro del amplio espectro abarcado por los arquetipos planetarios.

Un ejemplo real e importante de lo que decimos es el caso de la pandemia del coronavirus en 2020. Cualquier aficionado a la Astrología esperaba algo muy notable al paso del Sol por el *stellium* de Capricornio en el invierno 2019-20 y en la cuadratura de marzo-abril. André Barbault había reiterado varios años atrás la posibilidad real de una pandemia en 2020-21, aunque no mostró especial preocupación por ello, “dado que ahora no estamos en la indefensión terapéutica del siglo XIV”, decía en *Aperçu sur les pandemies*, refiriéndose en concreto a la “peste negra” de 1347-48, que causó la muerte de un tercio de la población europea.

Nosotros mismos publicamos en 2016 un artículo en el que se detallaban los pormenores astrológicos de la esperada crisis en términos climáticos y sociopolíticos (conjunciones y evolución mensual y anual del

Índice Cíclico). Que sepamos, nadie supo dar con la previsión aproximada del alcance de lo acaecido, tal es la extrema dificultad de ver más allá en el tiempo de un modo racional (los videntes e intuitivos también tienen las suyas, obviamente).

Digámoslo claramente: ¿qué nos habría llevado a una predicción aproximada de lo sucedido, lo cual no son migajas? Personalmente, aun conociendo lo esperado por Barbault, la pasamos por alto, pues nuestro interés estaba solamente en el clima y la sociopolítica. Primer error: todo va unido, no hay compartimentos estancos en la Naturaleza. La unicidad de ésta, debe llevarnos a contemplarla -y predecirla, que es el objetivo real de la ciencia- de modo global.

Segundo error, y aquí incluimos a Barbault: pese a los enormes avances de la Medicina en las últimas décadas, e igualmente el desarrollo y extensión de las “nuevas tecnologías”, hemos quedado *in puribus* y se nos han evidenciado todas las vergüenzas actuales del género humano. El uso indiscriminado de antibióticos ha generado el fenómeno de las resistencias bacterianas, de modo que podríamos estar acercándonos a una nueva indefensión como antes de los años 40-50 del siglo XX. Por otro lado, desde la década de los 90 de este mismo siglo hay diversas publicaciones advirtiendo de que el siglo XXI “podría ser el siglo de los virus” (*Investigación y Ciencia* en varios números). Así que no nos hallamos tan lejos de la indefensión terapéutica como nuestros antepasados. No tenemos remedios inmediatos para un virus nuevo en el estado actual de conocimientos, y menos para este que abre el candado químico de la inmunidad humana con tanta facilidad. Costó muchos años domeñar al SIDA, y ya veremos si se logra desarrollar una vacuna para la COVID 19 en un plazo razonable.

Llegamos ahora al meollo de la cuestión que queremos tratar: ¿disponíamos de criterios suficientes para haber podido prever una pandemia como la del coronavirus, con unos efectos tan variados y generales? Digamos que sí de salida, aunque con algunas matizaciones. La pandemia era esperable, había experiencia acumulada de que así podía suceder, de ahí los temores de Barbault. Pero un agente con la capacidad de propagación como la COVID 19, moviéndose a sus anchas de avión en avión por todo el mundo, de aeropuerto en aeropuerto, de país en país y ciudad en ciudad, superó la capacidad de predicción del más experto futurista. La globalización mostró aquí una de sus mayores puntos problemáticos. En pocas semanas la COVID 19 paralizó todos los continentes, y con una economía mundializada, se resintieron todos los sectores. El mundo quedó reducido a servicios mínimos: alimentación, sanidad y mantenimiento en general. El confinamiento fue masivo, y quienes se atrevieron a retrasarlo, lo pagaron caro. La sensación de indefensión, aislamiento y paralización, alcanzaron dimensiones universales, y, por tanto, históricas. No hay constancia de que algo semejante

haya sucedido con anterioridad, salvo un impacto de un cuerpo exterior sobre la Tierra que pudo causar la extinción de los dinosaurios, pero entonces el hombre todavía no estaba presente.

El complejo Saturno-Plutón se desplegó y manifestó por todo el mundo con una diafanidad extraordinaria, pero ni el poeta más avezado habría sido capaz de hacer descender el símbolo hacia su simple y térrea manifestación física concreta en esta ocasión. Sugiere Tarnas en *Cosmos y psique* que una analogía de esta asociación planetaria es lo descrito por Kafka en *La madriguera*: el animal está planificando continuamente la fortificación de su escondrijo antes las muy diversas formas de ataque que pueda poner en juego su enemigo invisible, lo cual llega a convertirse en algo obsesivo para él.

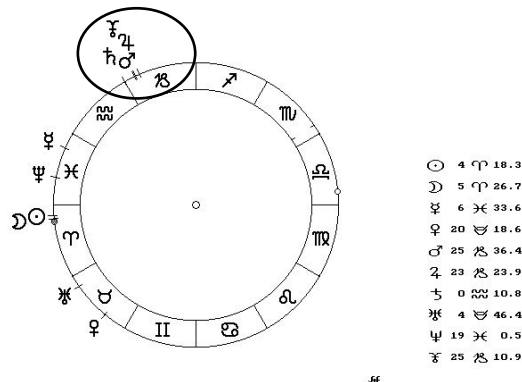
♃ ♂ ♃ y su “enemigo escondido” estuvo presente en el comienzo de la I Guerra Mundial (guerra de las trincheras); en el comienzo de la llamada Guerra Fría y las fundaciones de los estados de Israel, India y Pakistán (1947); en el comienzo del terrorismo internacional y los años de plomo de ETA (1982-83 y siguientes). Ahora, en 2020, la magna manifestación del planeta de las restricciones (♃) unido al de la pulsión elemental (♃) ha culminado desplegándose a lo largo de todo el mundo concretada en pequeñísimos corpúsculos (enemigo invisible de Kafka) que se propagaron de humano en humano por contacto o la respiración. Pequeñísimos corpúsculos, no visibles ni con el microscopio ordinario: ¿no tiene dominio Plutón, por ser de ciclo largo, sobre conjuntos muy numerosos y extraordinariamente minúsculos, y, por tanto, podrá tenerlo sobre los virus?

Pero, en el juicio astrológico, Saturno estaba en su casa de Capricornio, apoderado sobre Plutón. Capricornio, el signo del invierno, de la congelación, del despojo, y Saturno, el planeta de las privaciones, de la restricción en sentido amplio, del estancamiento, de la inmovilización, del enclaustramiento, el que nos trae las consecuencias de lo que vamos sembrando en la vida...

Y de pronto, vimos a los chinos portando mascarillas, pero quedaban muy lejos de nosotros... Después, llegaron malas noticias de Italia y supimos de los primeros infectados valencianos que habían ido allí al partido de fútbol Valencia-Atalanta, y contemplamos con estupor el encuentro de Vox en Vistalegre cuando la pandemia ya era una evidencia, y las manifestaciones del 8-M, todo un símbolo de la avanzada decadencia alcanzada por la sociedad española. Y nuestro estupor creció aún más cuando vimos al versátil presidente del gobierno de España decretando el estado de alarma, flanqueado por el Dr. Simón y un profesor de Filosofía, llamado a la Moncloa a negociar el “conflicto catalán”, hablando en calidad de ministro de Sanidad, Salvador Illa, que sin comerlo ni beberlo se veía y se ha visto en el mayor aprieto de su vida.

Lo demás, es sabido por haberlo vivido en carne propia la población de buena parte del mundo: confinamiento general en los domicilios, pudiendo salir solamente para abastecerse de alimentos o pasear las mascotas en un corto radio (en Colombia, ni siquiera eso). Como el ser imaginario e invisible de *La madriguera*, acaparamos primero papel higiénico, después cervezas y patatas fritas, aceitunas, levadura y harina para hacer pastas y bizcochos en casa. Y muchos más alimentos de la cuenta “por si acaso”.

Calles desiertas, carreteras y autopistas sin automóviles, urbes muertas y campos y bosques más vivos que hacía varias décadas (campo = Saturno). Inmovilización general, frenazo económico mundial, sensación de opresión, de fin de un tiempo y pérdida de confianza. Depresión a todos los niveles. Hospitales colapsados (Casa XII, Gozo de Saturno, morgues que no daban abasto). Más de 47.000 fallecidos en España, en su mayoría ancianos confinados en sus Residencias (de nuevo, Casa XII). Muchos de ellos murieron solos, lejos de sus familias, con solo 3 asistentes en las exequias. La amplitud y crueldad con que la Parca se manifestó en esta ocasión, apoyada por Marte (exaltación en Capricornio) y Júpiter (caída) en su *stellium* con Saturno y Plutón, en medio del silencio y de la quietud generalizados, alcanzó dimensiones históricas. El evento quedará guardado en la Historia y en la memoria de generaciones.



24 marzo 2020. 12 GMT

Una bacteria nueva, o resistencias a cierto grupo de antibióticos, entraban dentro de lo posible. De hecho, los médicos se han encontrado con problemas de qué antibióticos usar con los pacientes durante este período, lo cual se ha relacionado con el uso masivo de geles antisépticos, pero puede tratarse de otra cosa. Ya dijimos que había investigadores que esperaban serios problemas con los virus en el siglo XXI. Ahora bien, ¿qué podía facilitar la aparición de virus nuevos? ¿O que la humanidad se sensibilizara a uno ya existente? Hay que contar con ambas posibilidades, porque la característica de la vida es el cambio permanente. ¿Permanente por qué? Porque la vida sobre la Tierra ha sido formada por los influjos exteriores, en perpetuo cambio, y responde a ellos. No por un rayo que estalló sobre una

“sopa” oceánica y casualmente generó las primeras moléculas autorreplicables, como afirman los libros de texto actuales (he aquí un ejemplo de esoterismo científico). Del caos no puede surgir el orden de manera azarosa. Pensar así es tomar a la casualidad como un nuevo dioscello. Nada hay más ordenado en el cosmos que la vida, la cual requiere para su aparición un amplio conjunto de condiciones materiales y de una serie de impulsos lumínicos precisos -fotones, longitudes de onda exactas- para desarrollarse. La vida ordena lo mineral y lo incorpora a sí misma, aportándole una nueva dimensión a cada nivel de complejidad, haciendo disminuir la entropía dentro de ella. La vida organiza lo sencillo hacia lo complejo, pero requiere un entorno de luz, temperatura, humedad, radiaciones y sustancias materiales adecuado. La muerte supone todo lo contrario, el paso de lo complejo a lo sencillo, y, por tanto, el aumento de la entropía.

Pero estábamos hablando de virus, a los que ni siquiera atribuimos la vida, sino que los consideramos entidades intermedias entre lo mineral y lo animado. Tan minúsculos que no se dejan ver por métodos ópticos, lo mismo que sucede con átomos y moléculas. Que fueron conocidos mucho después que las bacterias (Pasteur), mas no por ello menos peligrosos para la salud vegetal y animal.

Tan peligrosos como el causante de la gripe, que fuera de España llaman *influenza*. Denominación bien significativa, porque tradicionalmente las epidemias han sido atribuidas al medio circundante, a influjos que actúan sobre la especie humana. No reírse, por favor, atribuyendo la ignorancia a los antiguos y el conocimiento a los modernos. No mofarse de la creencia en la generación espontánea o la doctrina miasmática, confundiendo el pino con el bosque. Basta recordar que nuestros médicos aplican ahora una cosa y al cabo de los años la contraria para la misma alteración.

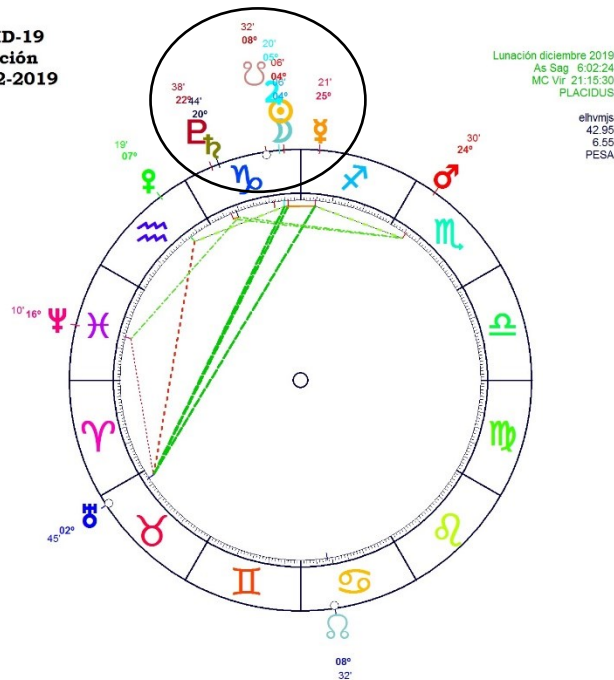
Así que, preguntémonos: ¿qué pudo haber de especial en el ambiente que facilitara la presencia de un virus desconocido hasta finales de diciembre de 2019? ¿O que, si ya existía, permitiese su expansión? *Hipótesis de partida: hubo una mutación.* ¿Qué favorece las mutaciones, es decir, cambios químicos en las moléculas complejas que conforman un virus, y con ello, su modo de comportarse con la especie invadida, de la que precisan su ADN para reproducirse? Respuesta: las radiaciones ionizantes. Sí, las mismas que se utilizan en radiología, en radioterapia, etc. Longitudes de onda lo suficientemente cortas como para poder arrancar electrones de la capa cortical de los átomos, o incluso capas más internas. Ese efecto puede darse en las moléculas de agua existente en las células (teoría de acción indirecta) o en átomos del núcleo celular portadores de información genética en clave química (teoría de acción directa). En el primer caso, el desequilibrio electrónico puede propagarse molécula a molécula y alcanzar el núcleo celular (efecto dominó), provocando cambios semejantes a los de

la acción directa. De ahí que se restrinja al máximo el uso de radiaciones ionizantes en radiología por su peligro potencial (cáncer). Los virus, entidades mucho más reducidas, pueden sufrir este mismo tipo de alteraciones químicas, es decir, mutaciones a partir de una ionización. De hecho, es bien conocida su propensión a la variabilidad (el virus de la gripe, por ejemplo: la vacuna puede volverse inefectiva si se producen mutaciones durante la temporada).

La principal defensa del organismo para combatir los virus es la generación de anticuerpos, unida a la fiebre. La temperatura alta favorece el bloqueo de su acción, y, de hecho, el virus gripal es típicamente estacional. Pero lo que la ciencia médica suele pasar por alto es el efecto de la subida del Sol durante la primavera. No solo aumenta con ello la temperatura, lo cual no es favorable al desarrollo de los virus (al menos, de algunos, como el de la gripe), sino que la luz y su composición cromática, tan diferente a la del invierno, potencia el sistema neuro-endocrino-hormonal y el metabolismo, así como el sistema inmunitario. La medicina hipocrática tenía muy en cuenta el clima y su relación con los tipos de enfermedades estacionales y anuales; de hecho, buena parte de los primeros registros meteorológicos sistemáticos con aparatos (termómetro, barómetro e higrómetro) fueron realizados por médicos, hacia los siglos XVIII-XIX. Por su parte, los astrónomos-astrólogos profesionales al servicio de un rey o noble, tenían la obligación por contrato de realizar pronósticos, tanto del tiempo y de las cosechas, como de los males asociados a la temperie. Puede leerse en esta bibliografía la existencia de una serie de fechas críticas en el año: solsticios, equinoccios, ocaso de las Pléyades, orto de Sirio, etc. Debería hacerse una revisión de todo este conocimiento y actualizarlo en términos modernos, puesto que nada es más sensible a los ciclos de luz, calor y radiación en general que el ser vivo, incluidos los virus, aunque estén en la frontera de lo mineral y lo vivo (seres intermedios).

Examinemos ahora el cielo de diciembre de 2019.

COVID-19
Lunación
26-12-2019



¿Qué choca a nuestra vista a la primera ojeada? Un *stellium* en el signo de Capricornio, es decir, una conjunción múltiple. Mejor, técnicamente, una doriforia, para ser exactos. ¿Un simple fenómeno astronómico, una mera curiosidad o coincidencia? Pongámonos serios y apliquemos lo que sabemos. ¿Cómo estaba el Sol en esa época? Inactivo, el mínimo de Schwabe que se esperaba para 2020-21 se adelantó a 2018, lo cual es coherente con una serie de ciclos muy bajos previstos para estas próximas décadas (Gran Mínimo Solar), centrado sobre 2030.

Retengamos este hecho: *Sol inactivo en el otoño-invierno 2019-20*. ¿Un simple dato a almacenar, algo anecdótico? ¿O un facilitador de la entrada de radiación cósmica penetrante en nuestro Sistema Solar? Efectivamente, esto último. Si el campo magnético del Sol se debilita (Sol inactivo) y el flujo de partículas emitido por éste también, los rayos cósmicos, de elevada energía y gran poder de penetración, procedentes de nuestra galaxia o de fuera de ella, encuentran mucha menos resistencia para penetrar en el Sistema Solar que con un Sol activo. Dicho de otro modo, en estas condiciones, llegan a la Tierra en mucha mayor proporción que en otras épocas.

Pero, ¿y el *stellium*, tal como nos lo muestra el mapa astronómico visto al modo geocéntrico, es decir, contemplado desde la Tierra? ¿Superstición del pasado? ¿Inocuo, tal como pretenden algunos de los diplomados, afortunadamente, no todos? Un planeta cualquiera “barre” gravitacionalmente a su paso polvo cósmico, partículas y micrometeoritos, siempre presentes en el espacio. Cuando hay varios planetas alineados frente a la Tierra, el efecto atractivo se superpone y convierte el espacio transitado por ellos en más “transparente” a las radiaciones exteriores para los

habitantes terrestres. La conjunción de los gigantes del Sistema Solar, presentes en el *stellium* invernal de 2019-20 (Júpiter y Saturno), unidos a Marte (en marzo), a Plutón y al cortejo planetario del Sol (Mercurio y Venus vistos desde la Tierra siempre se hallan cercanos a él), potenció, al igual que un Sol inactivo, la entrada de rayos cósmicos sobre la Tierra.

Pero repare el lector en las posiciones de la doriforia: salvo Venus, los demás planetas (Plutón, Saturno, el Sol, Júpiter y Mercurio), y Marte se unirá a los lentos en marzo, se hallan sobre la *constelación* de Sagitario, frente a la Vía Láctea, es decir, nuestra propia galaxia. Lo pudimos ver a simple vista en el otoño de 2019 y más tarde en el verano de 2020, sobre todo a Júpiter, el mejor posicionado, y también más masivo, “barriendo” de polvo y micrometeoritos la radiación procedente de nuestra galaxia. No se trataba por tanto de una posición cualquiera, sino de una posición privilegiada para hacer esta limpieza y aclarar más aún la ventana de entrada a las radiaciones galácticas. Cualquiera podrá comprobarlo acudiendo a un software astronómico adecuado.

¿Qué efectos provoca la entrada de estas partículas de muy alta energía? Lo primero que hacen es chocar contra las moléculas presentes en la alta atmósfera, provocando ionizaciones “en cascada”, y las más penetrantes, cambios en los núcleos atómicos (radiación γ). Los físicos hablan de “chaparrones de partículas”. Los rayos cósmicos van perdiendo así energía conforma se acercan a la baja atmósfera y a la superficie terrestre. Y en cada nivel, provocan o favorecen diversos tipos de fenómenos:

- a) Una mayor ionización en la atmósfera en todas sus capas favorece la condensación del vapor de agua (núcleos de condensación), es decir, la lluvia, a través de la formación de potentes borrascas. Pues recordemos el paso de “Gloria” sobre la Península Ibérica y parte de Europa entre el 19 y el 23 de enero, una borrasca histórica para nuestro territorio (destrozos en todo el Oriente ibérico), y otras que azotaron por esa época el continente europeo y otras partes del mundo:

11 enero, nieva en el desierto de Arabia y se producen riadas en la Península Arábiga. Tiempo extremo en USA (tormentas, viento, lluvias). Unos días antes: sin El Niño, graves inundaciones en Perú. 24-25 febrero: graves inundaciones en Bolivia e Indonesia. Por estos mismos días gravísimas inundaciones en las Islas Británicas, con una potentísima circulación desde el Oeste de América hacia Europa.

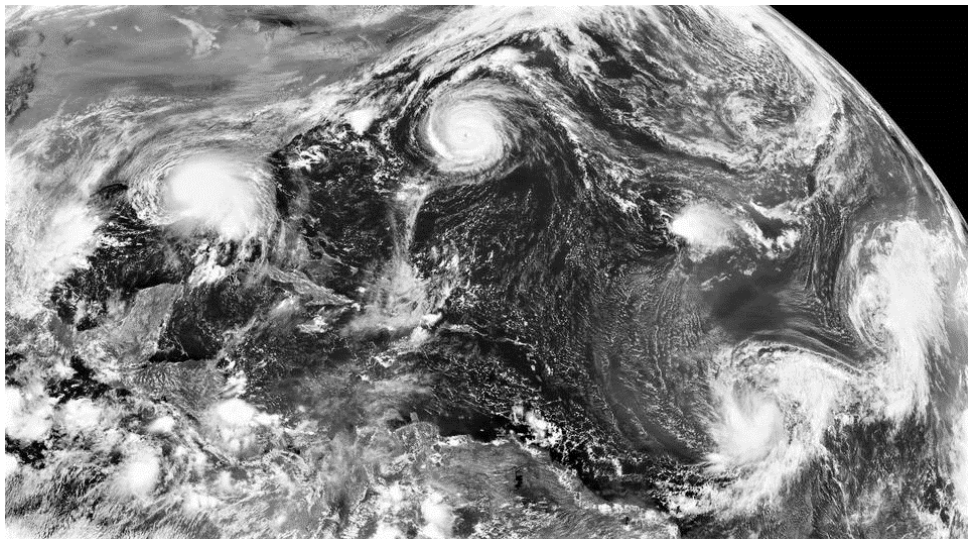
23 de marzo: vuelve a nevar en el desierto de Arabia. 1 abril: récord absoluto de lluvia caída en Castellón de la Plana en 24 horas.

25 mayo: Australia sufre la peor borrasca de la década. La primavera 2020 resultó igualmente muy lluviosa en buena parte de España.

En algunos lugares hay que retroceder a las primaveras de 1942 o 1969 para hallar registros similares. Lógicamente, tendríamos que hablar aquí de datos globales que no se hallan a nuestro alcance. Otros con medios adecuados debieran investigarlo.

Pero aquí lo que nos dice y muestra Ángel Rivera, que fue durante quince años Jefe del Área de Predicción de la actual AEMET, sobre lo que pasaba en septiembre de 2020:

Está siendo noticia estos días el espectáculo que muestra el Atlántico norte con varios huracanes o tormentas tropicales desarrollando simultáneamente sus ciclos de vida en una de las temporadas más activas que se recuerdan. Por sí ello fuera poco, una borrasca situada desde hace varios días al noroeste peninsular, y que nos afectará ya directamente a partir de mañana, está presentando una cierta evolución hacia la subtropicalización incrementando la convección en su seno a medida que se traslada hacia aguas más cálidas y dirigiendo hacia la Península Ibérica un marcado flujo a niveles medios de aire cálido y húmedo. Pero aún hay más: un “medicane” se está desarrollando al sur de Italia y los modelos muestran su evolución hacia una circulación ciclónica muy intensa que puede dar importantes problemas de lluvia, y sobre todo de viento, en su trayectoria.¹



Habría que añadir aquí inundaciones catastróficas, excepcionales, en algunos puntos de África en septiembre (Senegal, etc.). Todo esto es coherente con el hecho de que una mayor ionización atmosférica debida al aumento de la radiación cósmica favorece la condensación del vapor de agua, al actuar estos iones como núcleos de aglutinamiento.

- b) Vulcanismo y actividad sísmica. Es conocida la relación entre la actividad volcánica, sísmica y los rayos cósmicos. Éstos pueden penetrar profundamente en la corteza terrestre dejando un rastro

¹ ENELTIEMPO-ANGELRIBERA.BLOGSPOT.COM

térmico en sus colisiones con los átomos y moléculas que la componen. Este desarrollo de calor, en zonas próximas a niveles críticos, puede favorecer la disminución de la cizalladura de las placas tectónicas, provocando erupciones volcánicas y sismos.

Así, tenemos:

11 enero: entre en erupción el Taal en Filipinas.

22 marzo: terremoto en Croacia y Grecia, catedrales afectadas.

25 marzo: terremoto en el Este de China.

11 abril: entran simultáneamente en erupción 15 volcanes en el Cinturón de Fuego.

21 abril: el Etna entra en erupción.

- c) Plagas de langostas. Tradicionalmente unidas a amplios desequilibrios climáticos y ecológicos (los antiguos hablaban de *pestilencia*). Aparecieron en febrero en el Cuerno de África y de ahí se expandieron hacia Asia y el resto del continente africano. Las informaciones hablaron de que no había una invasión similar en los 70 últimos años.

13 abril: reaparece la plaga de la langosta en Kenia.

25 mayo: plaga de langosta en Uttar Pradesh (India), arrasa los cultivos.

Podríamos incluir aquí los incendios en Australia de diciembre y enero 2019 y 2020. Son de sobra conocidos, y habría que preguntarse si hay aquí una posible relación de causa-efecto. Fueron históricos, diríamos que climatéricos, la catástrofe es difícil de describir con palabras. Millones de animales perecieron abrasados. Y los de California en agosto-septiembre de 2020, contraparte de las violentas inundaciones en la costa Este norteamericana a causa de los huracanes.

- d) Y, finalmente, llegamos a la aparición del coronavirus. ¿Pudo esa radiación cósmica más fuerte e intensa de este otoño-invierno 2019-20 ser la causante de la generación de un nuevo virus a través de la mutación de otro ya existente? No podemos demostrarlo, pero es coherente con la Física y la Biología que conocemos. Sería interesante mirar datos disponibles de mediciones de radiaciones, pero no menos importantes son los testigos climáticos, geológicos y biológicos. En este año de 2020 deberían observarse la aparición de nuevas especies vegetales en el campo (mutaciones). Son conocidos los almendros “desmayo” que encontró un pastor, resistente a las heladas por su floración más tardía, y del que vienen las variedades posteriores; o los diversos tipos de naranjos que dan fruto sin pepita, etc.

Algo muy curioso que pudimos observar los hortelanos este verano de 2020 es que las berenjenas dejaron de echar flor apenas

madurados los primeros frutos. Fenómenos similares no dejaron de ser el chascarrillo de los agricultores este año.

A modo de conclusión

Hemos hablado de astrología, pero los “simbolistas” de la rama de Letras nos dirán tal vez que esto no es astrología, sino otra cosa. No nos preocupa lo más mínimo. El purismo y sus rigores saturnianos los regalamos gustosamente para sus partidarios, nosotros solo pretendemos acercarnos al conocimiento de las cosas, que no es poco, y no nos adjudicamos etiquetas ni restricciones.

Para el campo “científico”, podemos ponernos a nosotros mismos los calificativos despreciativos: “entusiastas”, “creyentes”, “supersticiosos”, “ignorantes de las leyes de la Física”, en fin, todas esas lindezas de quienes pasan por alto que no hay más ignorante que el que no es consciente de serlo, por más credenciales académicas que lo avalen.

Podríamos recordar aquí la humildad de Sir Isaac Newton en su *Carta a Brewster*:

No sé lo que le parezco al mundo; para mí, me comparo a un niño jugando en la orilla del mar, recogiendo aquí y allá una piedra más o menos lisa, o una concha de rara belleza, mientras el gran océano de la verdad permanece completamente invisible a sus ojos.

Nuestro objetivo es la predicción, hacer buenas predicciones que puedan resultar útiles a los demás. Pero, sin ciencia, es imposible acercarse a este precioso objetivo. ¿Fue posible pronosticar algo parecido a lo sucedido a lo largo de 2020? Ciertamente sí, pero, para ello, hubiera sido necesario despojarnos de ese falso orgullo moderno de creernos inalcanzables a los flagelos naturales. Ni de lejos tenemos los conocimientos ni la tecnología necesarios para enfrentarnos a ellos. Cada sociedad tiene sus vulnerabilidades propias, y si los antiguos sucumbieron a la Peste de Justiniano, a la Peste Negra, a la de Milán, a la de Londres, a la de Marsella, a la mal llamada “gripe española” de 1918, etc., etc., etc., nosotros hemos convivido con los muertos (que se acercaron al millar diario en abril) entre patatas fritas, aceitunas rellenas de anchoa, cervezas y bizcochos caseros, todo un lujo solo al alcance del urbanícola autóctono del Primer Mundo.

¿Vendrá un rebrote en el otoño de 2020, o en el invierno? ¿Será controlable sin un nuevo confinamiento? ¿Aparecerá una mutación en el futuro? ¿Repetiremos la primavera de 2020 antes o después? Una cosa es segura: el peligro no ha pasado. Una pandemia no es producto de la casualidad, y habría que preguntarse qué papel han jugado en ella los países que consumimos mucho más de lo que el planeta, la casa común de la humanidad, puede suministrar. Si la sobreexplotación de los recursos naturales, y, con ellos, los desequilibrios inducidos en la extrema

complejidad de Gaia, no están detrás como una de las causas de la penuria en que hemos quedado. Dicho de otro modo, si estamos asistiendo a un ajuste planetario autocorrector, la pandemia de la COVID 19 no sería más que el primer eslabón de una cadena que tendría continuidad con otra clase de sucesos en los que Gaia se sacudiría de encima todo aquello que no contribuye al equilibrio general del planeta, siguiendo la hipótesis de Lovelock. En tal caso, la humanidad estaría en una posición bastante más delicada de lo que generalmente suponemos en las próximas décadas.

El mito del “progreso indefinido”, asumido tanto por el marxismo como por el capitalismo, habría alcanzado su techo hace tiempo, y estaríamos ya en pleno batacazo de final de ciclo largo. Con arreglo a lo expuesto por Platón en *La República*, habríamos entrado ya en pleno período de barbarie. Aderezado esta vez con la emergencia climática, que la pandemia está tapando. El calentamiento global, va mucho más rápido de lo esperado (no hay precedente de la rapidez de los cambios actuales en la historia conocida), y sus consecuencias, ya empiezan a ser visibles y sensibles.

Mucho nos tememos que los individuos desarraigados del medio que vivimos, los habitantes de las grandes urbes, que son la inmensa mayoría, no hayan sabido captar una sola palabra del serio toque de atención que hemos recibido con los confinamientos y decesos. E igualmente sus dirigentes, que han salido de esa masa estupidizada a conciencia por el poder político y económico. A fecha de hoy (6-6-2020) tenemos la impresión de que una amplia mayoría de nuestra sociedad, en lo único que sueña es con recuperar el terreno perdido durante los meses de inmovilización y aislamiento. En salir en tropel y asestar un nuevo golpe a este planeta que ha dicho: ¡basta! Incluso el papa Francisco I ha exhortado desde hace tiempo a detener esta ignominia.

No habrá astros mal aspectados, ni regentes maleficiados, ni conjunciones, ni cometas, ni influjos nefastos, ni más puñetas. No serán necesarios los azotes naturales, la propia humanidad caminará solita hacia el despeñadero. Solo sobrevivirán los más fuertes físicamente, los más brutos. Y una nueva Edad Oscura dará comienzo. Al igual que pasó en el I Milenio en Europa tras la caída del Imperio romano, costará siglos levantar cabeza y que la cultura, en el más amplio sentido del término, ilumine de nuevo a la humanidad.

José Luis Pascual Blázquez
cabanuel@gmail.com

6 junio 2020 - 18 septiembre 2020